

—De modo, ¿ que yo no puedo ser vicario general ?

—Por lo visto no ; porque entre los casos de excepción citan «los prebendados de oficio» y traen á cuento no sé qué disposiciones de los Papas...

—Sí, ya sé ; un Breve de Paulo V y dos ó tres de Gregorio XV. ¡ Majaderos ! Y milagro será que no vengán también en lo de «ser natural de la diócesis.» ¡ Idiotas ! Qué poco sentido práctico tienen esos falsos católicos !... Gloucester debe de ser el corresponsal de ese papelucho ; esas agudezas romas son de él. ¡ Puf ! ¡ qué enemigos, señor, qué enemigos ! ¡ bestias, nada más que bestias !

El Magistral respiraba con fuerza, como aparentando ahogarse en aquel ambiente de necesidad...

Quiso marcharse, sin ver á ningún clérigo ni seglar de los que esperaban en la antesala y en la oficina antigua... pero no pudo defenderse de las invasiones ; el señor Carraspique ásomó las narices por una puerta...

—¿ Se puede ?

«¡ Era Carraspique !» Adelante, hubo que decir.

Venía á recomendar el pronto despacho de una expedición á la agencia de Preces ; y algunos asuntos de capellanías... Hubo que acudir á los registros, consultar á los empleados. El Magistral, distraído, se aventuró á pasar del despacho á la oficina y allí se vió rodeado de litigantes, de pretendientes, casi todos muy afeitados, todos vestidos de negro, ó con sotana ó con levita que lo parecía. La oficina no ostentaba el lujo del despacho ni mucho menos ; era grande, fría, sucia ; el mobiliario indecoroso, y tenía un olor de sacristía mezclado con el peculiar de un cuerpo de guardia. Los empleados tenían la palidez de la abstinencia y la contemplación, pero producido por los miasmas del covachuelismo, miserable, sórdido y malsano, complicado aquí con la ictericia de los rapavelas.

Había una mesa en cada esquina, y al rededor de todas curas y legos que hablaban, gesticulaban, iban y venían, insistían en pedir algo con temor de un desaire ; los empleados, más tranquilos, fumaban ó escribían, contestaban con monosílabos, y á veces no contestaban. Era una oficina como otra cualquiera con algo menos de malos modos y con poco más de hipocresía impasible y cruel.

Cuando entró el Provisor, disminuyó el ruido ; los más se volvieron á él, pero el jefe se contentó con poner una mano delante de la cara como rechazando á todos los importunos y se fué á una mesa á preguntar por un expediente de mansos. «Lo que él decía ; en las oficinas de Hacienda pública no daban razón ; los expedientes de mansos dormían el sueño eterno, cubiertos de polvo.»

El señor Carraspique daba pataditas en el suelo.

—¡ Estos liberales !—murmuraba cerca del Magistral. —¡ Qué Restauración ni qué niño muerto ! son los mismos perros con distintos collares...

—El Estado se burla de la Iglesia, sí señor, eso es evidente, no hay concordato que valga ; todo se promete, y no se hace nada...

Dos curas se acercaron humildemente al Magistral... Eran de la aldea ; también ellos querían saber si los expedientes de mansos...

—Nada, nada, señores, ya lo oyen Vds.—dijo el Provisor en voz alta, porque se enterasen todos los presentes y no le aburrieran más—en las oficinas del gobierno civil dicen que se resolverán los expedientes uno á uno, porque no hay criterio general aplicable, es decir, que no se resolverán nunca los expedientes dichosos...

De Pas se vió cogido por la rueda que le sujetaba diariamente á las fatigas canónico-burocráticas : sin pensarlo, contra su propósito, se encenagó como todos



los días en las complicadas cuestiones de su gobierno eclesiástico, mezcladas hasta lo más íntimo con sus propios intereses y los de su señora madre; con cien nombres de la disciplina, muchos de los cuales significaban en la primitiva Iglesia poéticos, puros objetos del culto y del sacerdocio, se disfrazaba allí la eterna cuestión del dinero; espolios, vacantes, medias annatas, patronato, congruas, capellanías, estola, pié de altar, licencias, dispensas, derechos, cuartas parroquiales... y otras muchas docenas de palabras iban y venían, se combinaban, repetían y suplían, y en el fondo siempre sonaban á metal, y siempre el lucro del Provisor, el de su madre, iba agarrado á todo. Nunca había puesto los piés allí doña Paula, pero su espíritu parecía presidir el mercado singular de la curia eclesiástica. Ella era el general invisible que dirigía aquellas cotidianas batallas; el Magistral era su instrumento inteligente.

Como todos los días, se presentaron aquella mañana cuestiones turbias que el Provisor acostumbraba resolver como por máquina, con el criterio de su ganancia, con habilidad pasmosa, y con la más correcta forma, con pulcritud aparente exquisita. Más de una vez, sin embargo, al resolver una injusticia, un despojo, una crueldad útil, vaciló su ánimo (estaba nervioso, no sabía qué hierba había pisado), pero el recuerdo de su madre por un lado, la presencia de aquellos testigos ordinarios de su frescura, de su habilidad y firmeza, por otro, y en gran parte la fuerza de la inercia, la costumbre, le mantenían en su puesto; fué el de siempre, resolvió como siempre, y nadie tuvo allí que pensar si el Provisor se habría vuelto loco, ni él necesitó inventar cuentos para engañar á su madre. «Doña Paula podía estar satisfecha de su hijo; de su hijo; no del soñador necio y casquivano que aquella mañana se turbaba al leer una carta insignificante, y

se alegraba sin saber por qué al ver un sol esplendoroso en un cielo diáfano. ¡El sol, el cielo! ¿qué le importaban al Vicario general de Vetusta? ¿No era él un curial que se hacía millonario para pagar á su madre deudas sagradas y para saciar con la codicia la sed de ambiciones fallidas?»

«Sí, sí; eso era él; y no había que hacerse ilusiones, ni buscar nueva manera de vivir. Debía estar satisfecho y lo estaba.»

«—¡Hora y media en la oficina!—se dijo al salir del palacio, entre avergonzado y contento; y él que creía no haber pasado allí veinte minutos!»

Cuando se vió otra vez al aire libre, en la Corralada, De Pas respiró con fuerza... se le figuraba aquel día, que salir del Palacio era salir de una cueva. De tanto hablar allá dentro, tenía la boca seca y amarga y se le antojaba sentir un saborcillo á cobre. Se encontraba un aire de monedero falso. Se apresuró á dejar la plazuela que cubría de sombra la parda catedral... huyó hacia las calles anchas, dejó la Encimada con sus resonantes aceras gastadas y estrechas, su triste soledad solemne, su hierba entre los guijarros, sus caserones ahumados, sus rejas de hierro encorvadas, y buscó la Colonia, saliendo por la plaza del Pan, la calle del Comercio y el Boulevard, de cuyos arbolillos caían hojas secas sobre anchas losas. El manteo del Magistral las atraía, las arrastraba por la piedra en pos de sí con un ruido de marejada rítmico y gárrulo.

Allí se veía ya mucho cielo; todo azul; en frente la silueta del Corfín, azulada también. Aquello era la alegría, la vida. «¡Capellanías, bulas, medias annatas, reservas! ¿qué tenía que ver el mundo, el ancho, el hermoso mundo con todo eso? ¿Sabía aquel gigante de piedra, el Corfín grave, majestuoso, tranquilo, lo que eran agencias ni si la había de preces, ni por qué costaba dinero el sacar licencias de cualquier cosa?»



Iba el Magistral por el Boulevard adelante, saludando á diestro y siniestro, asustado con que se le ocurrieran á él estos pensamientos de bucólica religiosa. Precisamente siempre había sido enemigo de las Arcadias eclesiásticas y profesaba una especie de positivismo prosáico respecto de las necesidades temporales de la Iglesia. ¿Estaría enfermo? ¿Se iría á volver loco? Sin poder él remediarlo, mientras el aire fresco —el viento había cambiado del mediodía al noroeste— le llenaba los pulmones de voluptuosa picazón, la fantasía, sin hacer caso de observaciones ni mandatos, seguía herborizando y se había plantado en los siglos primeros de la Iglesia, y el Magistral se veía con una cesta debajo del brazo recogiendo de puerta en puerta por el Boulevard y el Espolón las ricas frutas que Páez, don Frutos Redondo y demás *Vespucios* de la Colonia arrancaban con sus propias manos en aquellos jardines que en efecto iba viendo á un lado y á otro detrás de verjas doradas, entre follaje deslumbrante y lleno de rumores del viento y de los pájaros.

El hotel de Páez era el primero de los seis que adornaban la calle Principal, flanqueándola por la parte del Sur. Era un gran cubo que parecía una torre atalaya de las que hay á lo largo de la costa en la provincia de Vetusta, recuerdo, según dicen, de la defensa contra los Normandos.

El señor de Páez no temía ningún desembarco de piratas, pues el mar estaba á unas cuantas leguas de su palacio, pero creía que la «elegancia sólida consistía en fabricar muros muy espesos, en desperdiciar los mármoles, y, en fin, en trabajos *ciclopícos*», según su incorrecta expresión. En lo más alto del frontispicio había en vez de un escudo, que el señor Páez no tenía, un gran semicírculo de jaspe negro y en medio, en letras de oro, esta elocuente leyenda: 1868, que no indicaba más que la fecha de la construcción ciclópea.

En las esquinas del terrado de gran balaustrada que coronaba el castillo, sendas águilas de hierro pintado de verde probaban á levantar el vuelo. Aquellas águilas, según el señor Páez, hacían juego con otras dos bordadas en la alfombra de su despacho. No era el bueno de don Francisco el más rico americano de la Colonia; algunos millones más tenía don Frutos, pero al *Vespucio* de las Águilas «ni don Frutos ni san Frutos ni nadie le ponía el pié delante «tocante al rumbo» y él era el único vetustense que hacía visitas en coche y tenía lacayos de librea con galones á diario, si bien á estos lacayos jamás conseguía hacerles vestirse con la pulcritud, corrección y severidad que él había observado en los congéneres de la Corte.

Veinticinco años había pasado Páez en Cuba sin oír misa, y el único libro religioso que trajo de América fué el *Evangelio del pueblo* del señor Henao y Muñoz; no porque fuese Páez demócrata, ¡Dios le librase! sino porque le gustaba mucho el estilo cortado! Creía firmemente que Dios era una invención de los curas; por lo menos en la Isla no había Dios. Algunos años pasó en Vetusta sin modificar estas ideas, aunque guardándose de publicarlas; pero poco á poco entre su hija y el Magistral le fueron convenciendo de que la religión era un freno para el socialismo y una señal infalible de buen tono. Al cabo llegó Páez á ser el más ferviente partidario de la religión de sus mayores. «Indudablemente, decía, la Metrópoli debe ser religiosa». Y se hizo religioso; daba todo el dinero que se le pedía para el culto, y si muchas veces al disparatar lo hacía en menoscabo del dogma, siempre estaba dispuesto á retractarse y á cambiar aquel dislate por otro inofensivo.

Por dos brechas había logrado entrar la religión, en forma de Magistral, en la fortaleza de aquel espíritu libre-pensador y berroqueño: los dos flacos de Páez eran el amor á su hija y la manía del buen tono.



Decía Olvido con voz aguda y en tono de reprensión: «—Papá, eso es cursi»; y don Francisco abominaba de aquello que antes le pareciera excelente.

El Magistral dominaba por completo á Olvidito y Olvido mandaba en su papá por la fuerza del cariño y por su conocimiento de lo que llamaban allí buen tono.

Olvido era una joven delgada, pálida, alta, de ojos pardos y orgullosos; no tenía madre y hacía la vida de un idolillo próximamente, suponiendo actividad y conciencia en el idolo. La servían negros y negras y un blanco, su padre, el esclavo más fiel. Ni un capricho había dejado de satisfacer en su vida la niña. Á los diez y ocho años se le ocurrió que quería ser desgraciada, como las heroínas de sus novelas, y acabó por inventar un tormento muy romántico y muy divertido. Consistía en figurarse que ella era como el rey Midas del amor, que nadie podía quererla por ella misma, sino por su dinero, de donde resultaba una desgracia muy grande efectivamente. Cuantos jóvenes elegantes, de buena posición, nobles ó de talento relativo, se atrevieron á declararse á Olvido, recibieron las fatales calabazas que ella se había jurado dar á todos con una fórmula invariable. «El amor no era su lote»; no creía en el amor. Poco á poco se fué apoderando de su ánimo aquella farsa inventada por ella y tomó la niña en serio su papel de reina Midas; renunció al amor, antes de conocerlo, y se dedicó al lujo con toda el alma. Amó el arte por el arte: ella era la que más riqueza ostentaba en paseos, bailes y teatro; llegó á ser para Olvido una religión el traje. No lucía dos veces uno mismo. Llegaba tarde al paseo, daba tres ó cuatro vueltas, y cuando ya se sentía bastante envidiada, á casa, sin dignarse jamás pasar los ojos sobre ningún individuo del sexo fuerte en estado de merecer. Los vetustenses llegaron á mirarla como un maniquí car-

gado de artículos de moda, que sólo divertía á las señoritas. «Era una gran proporción» en quien no había que pensar.

«Olvido espera un príncipe ruso» era la frase consagrada. Cuando un incauto forastero se atrevía á probar fortuna, se le llamaba «el príncipe ruso» por ironía hasta que salía con las manos en la cabeza.

Á la de Páez se le ocurrió después, cansada de no tener en el corazón más que trapos, hacerse devota. Buscó al Magistral con buenos modos, como al Magistral le gustaba que le buscasen, y lo encontró. Se entendieron. Para don Fermín aquella muchacha delgada, fría, seca, no era más que el camino que conducía á don Francisco, que empleaba sus millones en comprar influencia. Pero Olvido tuvo la mala ocurrencia de enamorarse místicamente (así se decía ella) del Magistral. Éste se hizo el desentendido, aprovechó aquella nueva necedad de la niña para ganar al padre cuanto antes, y como no vió ningún peligro para nadie en la pasión imaginaria de la americanilla antojadiza, no la apartó de su lado, como había hecho con otras mujeres menos tímidas y más temibles para la carne. De Pas tenía un proyecto: casar á Olvido con quien él quisiera; creía poder conseguirlo; pero aún no había candidato; aquella proporción debía ser el premio de algún servicio muy grande que se le hiciera á él, no sabía cuándo ni en qué necesidad fuerte.

Aquella mañana se le recibió en el *hotel-Páez* como siempre, bajo palio, según la frase de don Francisco.

Pisando aquellas alfombras, viéndose en aquellos espejos tan grandes como las puertas, hundiendo el cuerpo, voluptuosamente, en aquellas blanduras del lujo cómodo, ostentoso, francamente loco, pródigo y deslumbrador, el Magistral se sentía trasladado á regiones que creía adecuadas á su gran espíritu; él, lo pensaba con orgullo, había nacido para aquello; pero



su madre codiciosa, la fortuna propia insuficiente para tanto esplendor, el estado eclesiástico, la necesidad de aparentar modestia y casi estrechez, le tenían alejado del ambiente natural... que era aquel... El Magistral al entrar en estos salones y gabinetes suavizaba más sus modales suaves y con fácil elegancia, manejaba el manto y plegaba la sotana y movía manos, ojos y cuello con una distinción profana que no llegaba nunca a la desfachatez del cura que reniega del pudor de los hábitos al pisar los palacios del gran mundo, ó sus sucedáneos. De Pas nunca dejaba de ser el Magistral; pero demostraba, sin más que moverse, sonreír ó mirar, que el prebendado, sin dejar de serlo, podía ser hombre de sociedad como cualquiera. Uníase esta gracia á las cualidades físicas de que estaba adornado, á su fama de hombre elocuente, de gran influencia y de talento, y, como decía la Marquesa de Vegallana, «era un cura muy presentable».

Don Francisco Páez y su hija suplicaron á don Fermín que comiera con ellos; no tenían á nadie, sería una comida de familia... los tres solos.

—¡ Los tres solos!—decía Olvido dejando de ser sorbete por un momento.

El Magistral de piés, en el umbral de una puerta, con una colgadura de terciopelo cogida y arrugada por su blanca mano, se inclinaba con gracia, sonreía, y movía la cabeza pequeña y bien torneada diciendo: *no* con el gesto... con cierta coquetería *epicena*.

—¡ Anda, papá! sujétale—decía Olvido con voz suplicante, arrastrando las sílabas que parecían salir de la nariz.

—Imposible.

—Es muy terco hija, déjale... no quiere que le agradezcamos la licencia del oratorio y el permiso para doblar la misa para don Anselmo.

—Agradézcaselo Vd. á Su Santidad.

—Si, que por mi cara bonita me entrega Su Santidad esta gracia...

El Magistral sonreía, dispuesto á escapar si querían asirle.

—Pero, vamos á ver, una razón, dé Vd. una razón—gritó Olvido, otra vez restituida á su natural frigorífico.



El Magistral se puso un poco encarnado.

Tuvo que mentir.

—Estoy convidado en casa de otro Francisco hace tres días; no puedo faltar, sería un desaire... ya sabe Vd. lo que son estos pueblos... qué dirían...

No había tal cosa. Nadie le había convidado á comer. Le esperaba su madre como todos los días.



Sin embargo, al negarse á aceptar aquel convite espontáneo y cordial, que en cualquier otra ocasión le hubiera halagado, obedecía á un presentimiento. No sabía por qué se le figuraba que le iban á convidar en casa de Vegallana, última visita que pensaba hacer. ¿Por qué le habían de convidar? Además allá comían á la francesa, aunque doña Rufina solía cambiar las horas y comer á la que se le antojaba. De todas suertes, los días de Paquito Vegallana no solían celebrarlos con *gaudeamus*, ni él estaba invitado ni... con todo... dejó aquella visita para última hora. Y ¿por qué había de preferir la mesa de los marqueses á la de Páez, no menos espléndida? Aunque quiso rehuir la contestación á esta pregunta capciosa, la conciencia se la dió como un estallido en los oídos, antes que pudiera él preparar una mentira. «Es que la Regenta come á veces con los marqueses, especialmente en días como este, porque á ella la miran como una de la familia.»

«¿Y qué le importaba á él ni la familia, ni la Regenta, ni la comida de los marqueses?»

Después de visitar á otros dos Pacos de importancia y á una Paca beata, el Magistral, con un tantico de hambre, de hambre sana, entró por los pórticos de la plaza Nueva en la calle de Los Canónigos, atravesó la de Recoletos y llegó á la de la Rúa, y al portero del marqués de Vegallana, que era un enano vestido con librea caprichosa, le preguntó con voz temblona:

—¿Está el señorito?

En aquel momento se abría la puerta del patio con estrépito y sonaban dentro carcajadas. El Magistral reconoció la voz de Visita que gritaba:

—¡Pues no señor! no son azules...

—Sí, señora, azules con listas blancas—respondía Paco, batiendo palmas.

—¿A qué no? ¿á qué no?

—Tonta, tonta—decía otra voz más suave desde una

ventana del primer piso—no le creas; si no se ha visto nada... si estaba yo más abajo y no ví nada...

Esta voz era la de Ana Ozores.

Al Magistral le zumbaron los oídos... y entró en el patio.

